



Revista Social - Mayo 1933
 Madrid, 6 de mayo de 1933
 Precio: 100 céntimos

JOVENES!

El caciquismo es el fascismo español. Hay que acabar con él.



RENOVACION

ORGANO DE LA FEDERACION DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Política del momento

La publicación del extraordinario de Mayo nos impidió hacer el comentario oportuno al resultado de las elecciones municipales verificadas en los pueblos donde en abril de 1931 se había aplicado el artículo 49.

Se han hecho comentarios para todos los gustos. Todos se consideran triunfantes. Pero sobre todo destaca un hecho, al cual queremos dedicar preferentemente estas líneas.

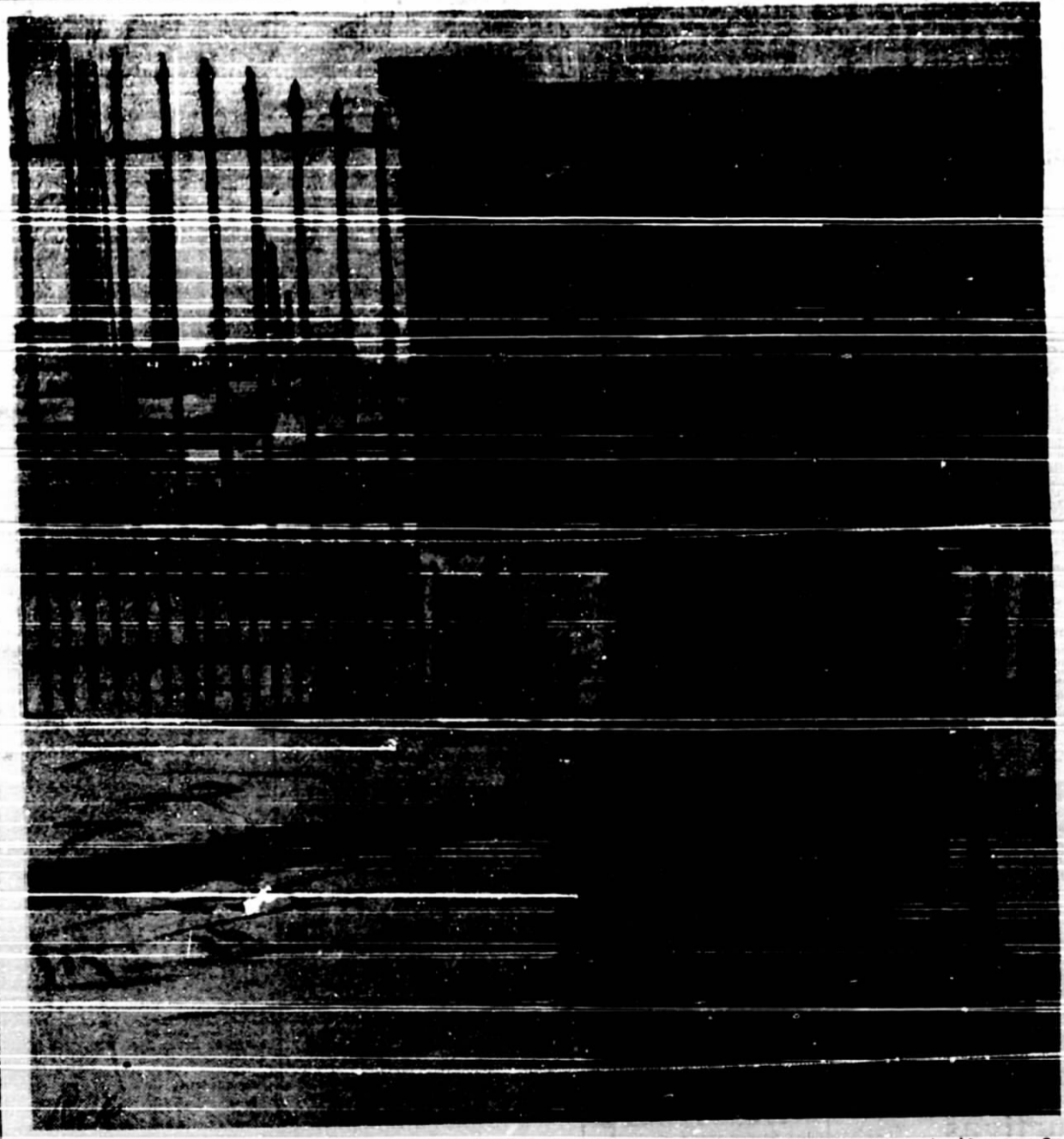
La inhibición del Gobierno ha sido absoluta. Pero precisamente la inhibición ha sido el arma más eficaz que han dispuesto los caciques. Porque en épocas anteriores la fuerza se ponía incontestablemente al servicio del cacique. Esta vez, aun cuando eso mismo ha ocurrido en bastantes pueblos, podía ser la garantía para la pureza del sufragio. No ha sido así, y el más vergonzoso de los espectáculos se ha visto en una enorme cantidad de aldeas.

No ha sido solamente el soborno mediante la dádiva en el momento preciso. Principalmente ha sido el temor de los obreros, amenazados por los dueños de las tierras con dejarles sin trabajo y, por tanto, sin pan, si que no obligados a quienes no tienen clara conciencia de su misión a ir, cual borregos, a votar a los señores. Y ahí es donde nosotros vemos mal la inhibición del Gobierno. Cuantas denuncias se hicieron con anterioridad no pudieron ser atendidas. Y no lo fueron alegando fundamentos jurídicos. Pero olvidando, sin duda, que las leyes vigentes son las que a su antojo hicieron esos mismos elementos, cuando aún tenían el pudor de llamarse monárquicos, para ponerse a cubierto de sus propios atropellos. Olvidando de que en un período revolucionario, en el que se está aun cuando se halle aprobada la Constitución, hay que dejar a un lado legalismos que sólo pueden favorecer a quienes se muestran más irreductiblemente enemigos del propio régimen republicano.

Los elementos adversos al Gobierno, manejando hipócritamente los números para querer aparecer como triunfantes donde todos nuestros puestos han sido conquistados a su costa, se han lanzado a una obstrucción desenfrenada a toda la obra legislativa hasta que el actual Gobierno abandone el banco azul.

No han dado una razón que permita apreciar un fundamento en su decisión. No hacen más que hablar de la necesidad de tranquilizar los espíritus, cosa que no podrá hacerse estando los socialistas en el Gobierno. Si supieran que nosotros que estamos precisamente de que nos quejamos camaradas en el Gobierno la libertad del movimiento obrero se halla coartada! Pero, como decimos, el problema se halla en una situación muy difícil. Y lo es más aún porque elementos que se llaman a sí mismos nuestros en el Parlamento, aun cuando en muchos pueblos nos combaten con igual saña que los otros, no se recatan de manifestar el mismo desojo que los obstruccionistas. No sabemos con qué intención; pero el caso es que lo hacen.

Para nosotros, reconociendo la lealtad con que proceden algunos elementos, el problema se simplifica es-



Me aquí el panorama mundial. Exceso de producción. Cierre de fábricas. ¿Y el obrero? Por producir demasiado se encuentra sin poder comer. Su obligación es, pues, luchar porque el trabajo se reparta entre mayor número de proletarios. ¿Cómo? Anulando la jornada de trabajo. ¿A conseguir la jornada de cuarenta horas semanales!

Paro y juventud

Por iniciativa de las Juventudes Socialistas se ha puesto sobre el tapete en la Oficina Internacional del Trabajo, y en breve habrá de tratarse en la Conferencia Internacional, el problema relativo al paro en la juventud obrera.

Nadie desconoce las gigantescas proporciones que alcanza en el mundo entero este terrible espectro de los hogares proletarios. Más de treinta millones de hombres sufren en el mundo una vida de miseria, debida a la forma de conducir el régimen capitalista. Pero si el problema de por sí presenta caracteres terribles, lo es mucho más aún para la juventud. Esta se encuentra al abandonar la escuela con que tiene cerrados todos los caminos para poder adquirir la subsistencia necesaria para vivir. Todas las industrias sufren depresión económica. Los talleres se cierran cada día en mayor proporción. ¿Qué camino seguir? No les quedan otros que el de morir de hambre o echar a andar por aquellos que las leyes de la justicia burguesa consideran como prohibidos.

La solución no puede hallarse en el régimen burgués. Pero sí pueden adoptarse algunas medidas que al menos alivien en algo la situación presente. La obligación permanente por parte de los Estados de la educación escolar y profesional hasta una edad mínima de dieciocho años, el establecimiento del seguro sobre el paro forzoso y la ampliación del número de locales destinados a reposo y educación de la juventud obrera. De esta forma se conseguiría abrir una esperanza a quienes al comenzar a tener uso de razón se hallan ante una perspectiva semejante.

El artículo 46 de la Constitución española dice que la República garantizará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna y regular el trabajo de las mujeres y de los jóvenes. Esto es preciso que se cumpla. Por nuestra parte no cesaremos de reclamarlo a todos los Gobiernos. Y creemos en que, si no lo otorgan, el crecimiento continuo de la influencia socialista en la vida del país hará que no tardándose mucho tiempo lo obtengamos. Todo es cuestión de tener tesón en la lucha y confianza en la organización.

EL VALOR

traordinariamente. En la forma de entender la República se diferencian unos de otros. En la de apreciar que los fundamentos del régimen actual deben ser los de la sociedad capitalista coinciden todos contra nosotros.

Por ello debemos andar con cuidado en no establecer demasiadas diferencias en cuanto a unos y otros. Porque lo contrario sería enrolarnos definitivamente a una obra de colaboración que no creemos sea lo más conveniente a nuestro Partido.

Dos fuerzas intervienen en la vida política de nuestro país: la proletaria, representada por nosotros, y la burguesa, dividida en sectores políticos, pero con un mismo contenido social. ¿Hemos de gobernar permanentemente los socialistas? No creo que, por ahora, haya quien sostenga la posición afirmativa. Ha de llegar un momento en que la burguesía ocupará nuevamente el Gobierno. Y entonces se plantará el dilema de ver si respeta o no lo legislado en el mo-

Sobre todo, que no se nos acuse de empequeñecer y enervar el valor. Maldita la Humanidad si para demostrar su valor está condenada a matar eternamente. El valor, hoy, no consiste en mantener sobre el mundo la sombra terrible de la guerra, que, aunque duramente, se puede pensar que cesaría en un momento dado. El valor no es dejar en manos de la fuerza la solución de los conflictos que la razón puede resolver. El valor para todos vosotros, valor de todas las horas, es soportar, sin vacilar, las pruebas de todo orden, físicas y morales, que prodiga la vida. El valor no es entregar la voluntad al azar de las impresiones y de la fuerza; es guardar en las laxitudes inevitables el hábito al trabajo y de la acción. El valor, en el desorden infinito de la vida que nos solicita por doquier, es elegir una profesión y especializarse en ella: es no desdeñar el detalle minucioso o monótono. Es comprender su propia vida, profundizarla y coordinarla con la vida general. Es dominar sus propias faltas, sufrirlas; pero no aplanarse por ellas. Es amar la vida y mirar la muerte con tranquilidad; es ir hacia el ideal comprendiendo la realidad; es obrar y entregarse a las grandes causas sin saber qué recompensa se nos reserva o si no se nos reserva ninguna; es buscar la verdad y decirla: es no sufrir la ley de la mentira triunfante que pasa y no hacerse eco en nuestro interior de los aplausos imbeciles ni de los gritos fanáticos.

mento presente. Y cada momento exigirá de nosotros la actitud oportuna. Porque muchas veces hemos sostenido ya que la fuerza del Socialismo no radica en tener ministros o diputados, con ser esto importante, sino en tener organizaciones numerosas y disciplinadas integradas por elementos conscientes.

Por eso creemos un error el que seamos nosotros los que nos preocupemos demasiado de la división de los republicanos, acentuándola, en tanto no tengamos la fuerza y la conciencia socialista para asumir por completo el Poder los socialistas. Para nosotros, unos y otros son representantes del capitalismo, que cedan mejores cuando no ven más remedio ante nuestra constante presión; pero que en la vida local, que es el mejor exponente de la conducta de cada uno, se conducen contra nuestros camaradas como elementos representativos no de tal o cual sector político, sino del sector capitalista.

Juan JAURES

Nuestro extraordinario

Con gran simpatía ha sido acogido el extraordinario de Mayo. Dificultades surgidas a última hora hicieron imposible que pudiéramos publicar seis planas, como hubiera sido nuestro deseo; pero de haberlo hecho no hubiera podido estar en las diversas localidades en la fecha señalada.

Hemos creído necesario dar esta explicación para conocimiento de aquellos que se hayan extrañado de ello.

Hay que despertar

Invitado por unos jóvenes socialistas, y en compañía de ellos, he acudido a varios de los comicios que se han celebrado en Sestao y otros pueblos de la ribera del Nervión.

Para mí, que siempre he sido creyente fervoroso y fiel ejecutor de las doctrinas predicadas por Jesucristo, era el principio de mis correrías por las casas sociales de los que hoy conciben mis hermanos salvos que yo nunca me había decidido a definir y que estaba en contradicción con mi forma de pensar. Me me había acordado nunca a definir ese salvos que yo sentía dentro de mí ser, porque creía que rebelarse contra los ministros de Dios en la tierra y torcerse en el camino por ellos trazado era hacerme opositora para una plaza a perpetuidad en esa mansión infernal que ellos describen con rasgos tan patéticos; pero a medida que transcurrían los días y mi contacto con la clase proletaria consciente se intensificaba, se abrían a mi espíritu nuevos horizontes. Y de mi trato con ellos he aprendido que el único infierno existente es este a que se nos tiene sometidos por la clase capitalista, pues no puede haber mayor tormento que el debatirse de la clase trabajadora en medio de la miseria y las privaciones de todo género, mientras que los que predicaban resignación y nos dan como premio a nuestras actividades la gloria eterna son favorecidos por la Naturaleza con una respetable obsesión que no deben al cumplimiento de las leyes primordiales, sino al culto de la mesa y a la vida regalada en que se revuelcan deleitosamente.

Pero con gente presente, pues ahora me doy cuenta de que lo deben de hacer por si fuera mentira lo que ellos

CUIDADO CON CONFUNDIRNOS

La actividad política por que atraviesa nuestro país requiere de los elementos más capacitados de las filas socialistas un esfuerzo inmenso que les resta la posibilidad de atender, como fuera su deseo, a la educación socialista de todos aquellos camaradas que, por su entusiasmo, se han incorporado a las organizaciones socialistas; pero que apenas tienen conocimiento de lo que son y qué programas representan nuestros ideales.

No es raro ver en algunos puntos de España a grupos de militantes que se han encaramado con una mala concepción de la disciplina socialista y que a ella consiguen sacar su pensamiento. Lo cual no tendría más que una importancia relativa si ello no tuviera como consecuencia el que quedaran desatendidas las actividades precisas para un normal desenvolvimiento de nuestras organizaciones.

Muchos de los que así piensan son aquellos que en el período anterior a la implantación de la República poseían un entusiasmo extraordinario en lo que ésta habría de realizar. Dándose el contraste, fácilmente explicable, de que quienes pensaban así son los que hoy se consideran decepcionados.

Todo ello proviene, a mi juicio, de un hecho fundamental. El de que hay una propensión, muy española, de confiar todo al azar. De no querer preocupar en el estudio de las circunstancias y métodos que se requieren en todo instante para actuar, confiando en la llegada de una situación que nos dé todos los problemas resueltos. A ver qué la República, y cuando se ha visto que esto no lo podía hacer, la dictadura proletaria.

Es muy fácil hablar de ella y hasta acercar la idea de verla implantada en un día. Pero ¿cómo llegar a ella? Y, en caso de obtenerla, ¿cómo proceder con ella? Porque muchos de los que hablan incesantemente de esta cuestión caren por completo en la esfera de aquellos a quienes hemos estado combatiendo constantemente por tener una concepción equivocada de lo que es y puede el movimiento obrero realizar en estos instantes.

Hay quien supone la posibilidad de que, un día, por un golpe de mano, los socialistas ocupáramos el Poder y desde allí realizáramos una labor socialista. Ello es posible. No desarto la idea, si las circunstancias así lo exigieran. Pero de eso a fomentar la idea en nuestros camaradas de que es el único camino posible hay un abismo.

se produce la riqueza en relación a este antagonismo. En las fuerzas productivas se desarrollaban al propio tiempo que el antagonismo de las clases, como una de las causas, a su lado malo, crecía constantemente, hasta que las condiciones materiales de su propio período de madurez. No es bastante decir que la forma de la producción, el medio en el cual se desarrollan las fuerzas productivas en obedeciendo a leyes eternas, sino que corresponden a un desenvolvimiento determinado de los hombres y de sus fuerzas productivas, y que un cambio operado en las fuerzas productivas de una época, trae consigo necesariamente a un cambio en sus relaciones de producción. Como resultado, ante todo, que el hombre no sea privado de los beneficios de su civilización, que las fuerzas productivas adquiridas, es necesario romper las formas tradicionales en que se han producido. Desde este momento la clase revolucionaria se transforma en conservadora.

La burguesía comienza con un proletariado que es un resto del que existía en los tiempos feudales. En el curso de su desarrollo histórico, la burguesía desarrolla necesariamente su elemento antagonístico, que en sus comienzos se encuentra más o menos desarrollado; pero siempre en estado latente. A medida que la burguesía se desarrolla, engendra en su seno un nuevo proletariado, el proletariado moderno, se produce una lucha entre la clase proletaria y la burguesía, lucha que antes de ser perel-

Extremefías

El campo y la aldea

Abril... Despertar maravilloso de esos paisajes que se premian en las exposiciones de pinturas, cuyos colores primorosos dicen mucho de lo que es la Naturaleza que rodea a estas aldeas, y callan todo lo que podían hablar de la vida miserable que arrastran sus habitantes, por culpa de un señor que allí ha muerto todavía, aunque la Historia nos hable de la supresión de la Edad Media, en que fue entronizado.

Y saber que un señor o dos señores eran los culpables de la ignorancia de aquellos hombres, sin escuela, sin cine, sin mar, sin patria, sin mundo! Es trágico el saberlo y cobarde el no decirlo a la sociedad para que lo corrija. Porque para los habitantes de la aldea no hay más mundo que aquel pedazo de tierra, donde han de dejar su amor, su sudor y su dolor, con todo lo cual podrán satisfacer al «amo», que le sirvan en el invierno con su pedazo de pan del trigo que ellos sembraron y segaron, que les sirva con un poco de aceite de los olivos que ellos varraron y la aceituna que sus mujeres y sus hijos recogieron, cuyos restos tienen que pagar con creces para que el señor le sirva en el invierno próximo.

He aquí por qué el pastor miraba tan serio. He aquí por lo que el gañán permanecía mudo... He aquí por qué sufrían aquellas mujeres y aquellos niños el martirio cruel de pisar descalzos por los abrojos.

El pastor, el gañán, las mujeres y los niños sufren en la aldea bajo el desprecio de un «amo», lo mismo que en el taller, la mina, el mar, la fábrica y la obra sufren bajo el yugo revolucionario el resto de los trabajadores de las ciudades. El campo y la aldea forman el mismo contraste que el mar y el pescador, que la mina y el minero, que la obra y el albañil. En la puesta del sol de este último día de abril el sol consiguió romper la compuerta de un nublado obscuro, cuyos fragmentos se mecían en los púlpitos del aire como penachos de rajas handras que esperan el abrazo vigoroso de todos los explotados.

Luis ROMERO

Los círculos católicos

Cuando decimos los socialistas que todas las Iglesias trabajan por el mantenimiento del presente régimen social, de este régimen en que nadan en la abundancia los holgazanes o los que menos laboran, y en que sufren cada especie de privaciones los laboriosos, no mentimos.

Las palabras de los que representan a aquellas, así como sus hechos, añoran nuestra afirmación. Concretándonos a la Iglesia católica y a los que en nombre de ella hablan, altos y bajos, ¿cuál es su actitud contra el Socialismo revolucionario? La de enemigos irreconciliables.

Desde sus bofetines, el púlpito y el confesionario no dejan de hacer campaña contra los que se proponen abolir las clases sociales, que es tanto como abolir la pobreza y la miseria.

Al grito de los socialistas: «Fuera la explotación humana!» No más explotados, ellos contestan con la consabida frase: «Siempre habrá ricos y pobres!» Poco preocupados por estos en tanto los vieron desunidos, totalmente desarmados ante sus explotadores, pusieron en guardia cuando observaron que al calor de la propaganda socialista despertó en ellos el espíritu de unión y empezaron a formar Sociedades con el fin de mejorar su triste suerte.

A los gritos de alarma de los patronos acudieron presurosos, y convinieron con los mismos en oponer un dique a la organización obrera basada en el espíritu de clase. ¿Cuál era ese dique? Los círculos católicos. ¿Qué fin habían de tener dichos círculos? Naturalmente, el de la misma organización obrera: mejorar la situación de los trabajadores. Realmente, el de destruir la mencionada organización, y cuando eso no fuera posible, dividirla.

Así los patronos combatían a los trabajadores de preocupaciones, o, lo que es igual, explotando a mansalva a los obreros en general.

Dos medios han empleado los creadores de los círculos católicos para combatir a las Sociedades obreras. Uno, ofrecer a sus afiliados más beneficios inmediatos que los que daban a los suyos las Sociedades no católicas. Otro, recurrir a la mentira para desnaturalizar la finalidad de estas. Pudieron emplear el primer medio porque habiendo en los círculos católicos gente burguesa dispuesta de más re-

Las fuerzas productivas

Marx hace la crítica de las teorías de los economistas burgueses sin sustituir la moral a la economía política, como lo hacen numerosos socialistas humanistas. Al contrario. Un análisis objetivo de la fuerza y de las relaciones económicas le da la clave del desarrollo histórico.

«Los economistas tienen una forma singular de proceder. No hay para ellos sino que el sistema de instituciones, la del arte y la de la Naturaleza. Las instituciones feudales son artificiales; las de la burguesía son naturales. Se parecen en esto a los teólogos, que igualmente establecen dos clases de religión. Toda religión que no es la suya es invención de los hombres, en tanto que la suya es una emanación de Dios. En diciendo que las relaciones actuales — las de la producción burguesa — son naturales, los economistas dan a entender que son éstos, en los que se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas, conforme a las leyes de la Naturaleza. Por tanto, estas relaciones son leyes naturales, independientes de la influencia del tiempo. Son leyes eternas que deben regir a cualquier época y en cualquier lugar; pero no la habrá más. Ha habido Historia porque han existido instituciones feudales, y en estas instituciones ha habido relaciones de producción diferentes de las de la sociedad burguesa, que los economis-

Servicio interesante

Como el resto de la prensa obrera, venimos recibiendo periódicamente unos comunicados del servicio de Legislación social, recientemente instalado por la Unión General de Trabajadores, en los que se divulga el contenido de las leyes sociales que más directamente afectan a los proletarios.

Celebramos grandemente que por nuestra Central sindical se haya entendido esta labor, que contribuirá tan poderosamente a que por la clase trabajadora se conozcan sus derechos en materia social, no pudiendo ser burlados, como sucede con harta frecuencia por los elementos patronales.

Acabemos de una vez

Con las instituciones de asistencia social en Córdoba un verdadero esdrujido del clericalismo. Allí, bajo el manto de «asistencia y resignación», se esconden el feudo clerical y vive como en sus mejores tiempos. Sus trabajos de zapa se desenvuelven a las mil maravillas, y todo ello obtiene los plácemes de nuestras autoridades. Al menos nosotros tenemos el derecho de creerlo así, ya que no vemos nada que tienda a terminar con estas intromisiones que tuvieron su época.

Día a día vemos que en estos establecimientos es la influencia de los hábitos la que nos rige, y sólo de pensar nuestro espíritu sufre un fuerte letargo. Pero ¿qué hábitos? ¿Los antiguos? No; nos impulsan, nos da bríos para no transigir más, ni un solo momento, con la asistencia social está entregada a la secta religiosa que tantos años ha tenido esclavizada a España.

Desde las brisias columnas de RENOVACION nos dirigimos a nuestras autoridades, y con el ímpetu de nuestra juventud les decimos: No más; no queremos soportar por más tiempo la influencia de los hábitos. Es preciso que os decidáis a terminar con estos influjos. Las Juventudes Socialistas se alzan contra ellos y sabrán hacerlo contra quienes los amparen.

Atentos, pues, jóvenes socialistas, al cumplimiento de nuestros acuerdos. No cejemos hasta conseguir nuestro empeño. Debemos y tenemos que terminar con el clericalismo soñado. Que ni un momento más esté la democracia sojuzgada por los viciosos seres del hábito.

¡Hasta exterminarlos, adelante!

EL CAMARADA DE Córdoba.

Mariano ROJO

Se hubiera planteado el absurdo problema de eliminar la Historia.

Para juzgar la producción feudal es preciso considerarla como un modo de producción fundado sobre el antagonismo. Se necesita demostrar cómo

Se hubiera planteado el absurdo problema de eliminar la Historia.

La revolución

Produzase o no una situación revolucionaria, el deber, el principal deber de los socialistas consiste en instruir a las masas, en darles conciencia de su situación y de la obra que han de realizar, en organizarlas para el día en que el Poder político caiga en sus manos. Conquistar para el Socialismo el mayor número posible de partidarios es la tarea a que los Partidos Socialistas deben dedicar su esfuerzo, empleando con este fin todos los medios pacíficos y legales; pero exclusivamente éstos. En situación ordinaria, y considerado como tal esta en que nos encontramos ahora, el empleo de otros medios que no sea pacífica y legal para instruir y organizar a las masas ocasionaría, quisiera o no, manifestaciones que perjudicarian los fines ganados por el Socialismo y detener por más o menos tiempo la propagación de sus ideas.

Lo que yo recomiendo no es la táctica de plantear la bandera ni de mutilar nada de la teoría socialista, sino la de atenerse estrictamente a ella, sin desviarse. La desnaturalización con violencias que no forman parte de la teoría, ni con procedimientos que envuelven a las masas sin fundamentos. La verdad es que no se puede prometer, ni llegar a ella por la fuerza, ni permanecer siempre en la legalidad; y esta verdad es aplicable a todos los partidos. Un radical, M. Segismundo Lacroix, así lo reconocía al escribir hace algún tiempo: «Muchos individuos, de los cuales soy... vacilarían en jurar que permanecerían fieles, a pesar de todo, a los medios legales y pacíficos tan sólo. Esto depende no de las opiniones, sino de las situaciones: pueden surgir situaciones revolucionarias — el bulangismo estuvo a punto de ser una de ellas — en que ser revolucionario constituye un deber.»

Aun admitiendo que deba haber revolución, lo que determinarán los acontecimientos, no tales o cuales voluntades, esa revolución, cualesquiera que sean sus incidentes, no podrá ser sino un término en la serie de los fenómenos que nos hacen pasar de una forma social a otra, un anillo en una cadena; y si esto es, ¿sería razonable esperar a los trabajadores, concentrando su atención sobre ese solo anillo? Lo que se necesita es formar socialistas, es dar a la masa, con la conciencia del movimiento económico, una voluntad que concuerde con ese movimiento y con su misión en ese movimiento; es procurar que lleve a nuestras diversas asambleas colectivas un número cada vez mayor de socialistas, los cuales tomen en ellas la defensa de los derechos desconocidos y procuren obtener, en la medida de sus medios y con arreglo a las circunstancias, las diversas mejoras de su situación que el Socialismo, y sólo el Socialismo, persigue de una manera pacífica, basándose en las condiciones económicas de los que vivimos. Por consiguiente, ¿a qué hablar de otra cosa que de Socialismo, machacando sobre la naturaleza de la crisis que terminará la fase actual de la evolución y será el principio de una fase nueva, si en esta materia no hay que crear ninguna especie de voluntad? ¿Por qué disertar acerca de una eventualidad que las circunstancias pueden imponer, pero de la cual ninguno puede ahora precisar nada? ¿Imponer a cómo ha de ocurrir? En todo caso, si hay que hablar de revolución será para tratar de deshacer los errores que nuestros adversarios esparcen sobre esta cuestión, por juzgarlos perjudiciales al reclutamiento socialista.

Gabriel DEVILLE



El capitalismo no encuentra otro medio para resolver la crisis económica que otro: el de hacer que se maten unos hombres contra otros, cuando entre ellos no había sentimiento alguno. ¿Cómo conseguirlo? Despertando sentimientos de odio que, encendidos en el patriotismo, no son más que el instrumento ciego del capital. De ahí que de nuestras acciones más vigorosas tenga que ser la de luchar contra los prejuicios patrióticos.

Nuestra táctica

A quienes en nombre del marxismo nos combaten porque defendemos las leyes sociales les recomendamos la lectura del siguiente párrafo de una obra de Marx:

«A veces los obreros triunfan, pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas, más que el éxito inmediato, es la solidaridad creciente de los trabajadores. Esta solidaridad es más fácil por el desarrollo de los medios de comunicación, que permite entrar en relación a trabajadoras de diversas localidades. Esto basta para transformar las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten los mismos caracteres, en una lucha nacional, en una lucha de clases. Pero toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los burgueses de la Edad Media precisaban siglos, por no disponer más que de caminos vecinales, los proletarios modernos, por medio de los ferrocarriles, la realizan en unos cuantos años.»

La política se destruye incesantemente por la concurrencia que entre sí se hacen los propios obreros. Pero después renace más fuerte, más firme, más formidable. Aprovecha las divisiones de los burgueses para obligarles a otorgar una garantía legal a ciertos intereses de la clase obrera, por ejemplo, la ley de diez horas en Inglaterra.»

Marx, hablando de los judíos, no ve en ellos más que la burguesía judía. En su época no podía aún conocer el proletariado judío, el más miserable de todos los proletariados, el más apreciado por los capitalistas judíos y no judíos, que sufre el dolor de la sociedad dividida en clases y en razas, objeto del odio y del desprecio en los países atrasados. En estos países, el proletariado judío forma la inmensa mayoría del pueblo judío.

Luchando con el encarnizamiento del capital, está condenado, además, a luchar contra los prejuicios de raza, que toman frecuentemente una máscara económica, haciéndole responsable de riquezas que no posee y que no conoce más que como instrumento de su propia esclavitud económica.

Marx ha planteado la cuestión judía en el terreno social. Para emancipar a los judíos se precisa que la sociedad burguesa se emancipe a sí misma de las fuerzas del dinero, del privilegio y de la propiedad monopolizada. La cuestión judía es la forma social, o, mejor dicho, una cuestión de la cuestión social, que no desaparecerá más que con el régimen capitalista mismo.

Este estudio de Marx, realizado hace ya bastantes años, se ve confirmado con el transcurso del tiempo. Ha sido necesario que se anulara la libertad del proletariado y se instaurara un régimen de mayor opresión política y económica para que nuevamente volviera a surgir el problema judío. Nosotros, que nos honramos con tener en la Internacional Socialista elementos judíos, tenemos que oponerlos a la opresión de que son objeto por quienes como finalidades tienen la de su explotación, manteniendo un estado que permita la explotación del hombre por el hombre.

La propiedad

La pequeña propiedad individualista es el punto de partida de la propiedad burguesa. Se encuentra aun en las comarcas donde los medios de comunicación son escasos, como en los Pirineos franceses y españoles, Asturias, Galicia y parte de Andalucía, etc., donde los productos elaborados por dichas comarcas deben consumirse allí mismo, porque no pueden salir sino con un recargo que la concurrencia no tolera; los productos extranjeros o los de otras comarcas no pueden ir allí por la misma razón. A medida que los medios de comunicación se facilitan, los productos extraños se introducen en gran cantidad y hacen perder su valor a los productos del país; entonces la pequeña industria y la pequeña propiedad del país perecen, confundéndose en la gran producción y en la gran industria, únicas que pueden resistir a la invasión por medio de la concurrencia.

La desaparición de la pequeña industria y de la pequeña propiedad es, pues, un hecho fatal y una consecuencia lógica de la propiedad burguesa.

En el momento en que la gran propiedad y la gran industria, puestas en contacto con la pequeña propiedad y la pequeña industria, hacen desaparecer a éstas, es preciso reconocer en aquéllas una superioridad económica.

La condición esencial de la concurrencia es producir pronto y barato, y esto no puede efectuarse sino por la aplicación constante de todas las invenciones de la ciencia moderna, y la gran propiedad es la única que posee los medios para hacerlo. Por esta causa, el pequeño propietario y el pequeño industrial se encuentran imponentes ante los grandes propietarios e industriales, como el villano de la Edad Media cuando quería oponerse a uno de los indignos privilegios del señor feudal: sólo tenía el derecho de poseer desnudo y armado de un palo delante de su señor, que se presentaba a caballo armado de punta en blanco. La consecuencia de esta lucha desigual es necesariamente la expropiación del débil en provecho del fuerte y la transformación del propietario libre en asalariado esclavo.

En la Edad Media el poderoso se apoderaba de la propiedad y hasta de la persona del desvalijado; hoy se reproduce este mismo hecho; sólo se diferencia en las armas; en la Edad Media era la espada, hoy es el capital. Como ejemplo, podemos citar este hecho: los tejedores manuales de Cataluña son en este momento arruinados por la enorme concurrencia que les hacen las máquinas de tejidos a vapor; para sostener la lucha se ven precisados a redoblar sus esfuerzos, a vivir más haciendo esfuerzos estériles, porque están irremisiblemente condenados a desaparecer, por la fatalidad de las leyes económicas, y su desaparición será tanto más rápida cuanto más se transformen los aranceles en sentido libremercantil. Por doquiera las máquinas a vapor se extienden, los métodos manuales están condenados a desaparecer. Las mismas leyes económicas que han introducido la máquina la harán permanecer y progresar indefinidamente, y esta ley sólo puede ser contrariada por una invasión de bárbaros o por un cataclismo universal.

Así, merced a la forma burguesa de la propiedad, todas las aplicaciones de la ciencia moderna a la producción en sus diversas manifestaciones agrícolas e industriales no hacen sino dar a los capitalistas nuevas armas para aumentar su poder tirando sobre un número cada vez más creciente de proletarios.

A esto llaman progreso los burgueses. (Del dictamen presentado en 1872 por el Consejo federal de la Asociación Internacional de Trabajadores.)

Pero ¿es posible?

Toda la prensa ha publicado el incidente ocurrido hace algunos días y en el que intervino un numeroso grupo de camaradas de la Juventud Socialista Madrileña. Cuando marchaban, en uso de un perfecto derecho, anunciando un mitin socialista, elementos adversarios en actitud provocativa, se dedicaron a lanzarles insultos e improperios. Ante esta situación, ¿se iban a aguantar? De ninguna manera. Y en el fragor de la contienda suena un disparo y cae un herido. Herido nuestro, ¿Quiénes fueron detenidos? También nuestros camaradas. Ninguno de los del bando contrario. Y pasaron las horas. Y uno continúa aún preso, porque hay quien afirma que el disparo se hizo desde el vehículo donde iban nuestros compañeros. Todos ellos lo niegan. Y en el registro que se les hizo no se les encontró

arma alguna. Vale bien: todo esto no vale para nada. Pues más una declaración de elementos adversarios al régimen que la prestada por los jóvenes socialistas, que contribuyen de manera eficaz a su sostenimiento. Naturalmente que nosotros pedimos que la justicia sea igual para todos. Pero por eso precisamente es por lo que protestamos. De nada vale que el presidente del Consejo de ministros haga declaraciones en pleno Parlamento de que no se puede tener igual trato con quienes odian a la República que con quienes se acogen a sus leyes. Y esto, en verdad, ocurre, sólo que a la inversa. El que sin hacer caso de normas jurídicas se lanza a la calle, encuentra protección por doquier en los centros oficiales. El que o los que quieren hacer su propaganda lícita, tienen que aguantar todo lo que les quitan hacer, porque si no transigen les pasa lo que a nuestros camaradas. Si esto sucede así, ¿habrá quien se extrañe de que cuando haga falta no respondan quienes, como los jóvenes socialistas, han venido dando pruebas hasta ahora de su devoción hacia el régimen que el pueblo se dió?

Los de la República

Un diario vespertino madrileño, que además se llama a sí mismo diario de la República, publicaba hace algunos días un suelto muy sabroso. Hablaba en él de que no podía tolerar que el día 1 de mayo se paralizaran todos los servicios en Madrid.

En primer término, la afirmación no es exacta. La clase trabajadora no espera aquellos servicios de imprescindible necesidad. Y no los ha suspendido todavía en ningún momento en que necesitáramos hacer una verdadera demostración de fuerza. Y les ha dejado funcionar ahora.

Nos explicamos perfectamente la posición de dicho diario. Considera que todo el mundo tiene derecho a hacer lo que le dé la gana. Menos el proletariado. Es, evidentemente, un órgano liberal. El patrón puede, en uso de su libre albedrío, cerrar la fábrica o el taller cuando quiera. El

obrero no puede dejar de acudir al trabajo un solo día.

Pero no es ese el problema. Lo que les molesta es que se haya declarado fiesta oficial el Primero de Mayo. ¿Cómo se puede consentir—dice—que desde el ministerio de Trabajo se invite a que no trabajen los obreros? No, amigo. La clase obrera española, y en particular la madrileña, no precisa para festejar el Primero de Mayo de autorización de nadie. Se basta y se sobra ella sola. El ministro, con muy buen sentido, lo único que ha hecho ha sido consagrar lo que la costumbre ha hecho ley.

Esté tranquilo el órgano de la República. Los trabajadores, con su fiesta del Primero de Mayo no ponen nada en peligro. Únicamente hacen una advertencia: la de que si otra nada se pedirá hacer si intentar. Que quien sueña con anhelos caudillescos arrincone sus ilusiones en el desván del olvido. Que cada año el Primero de Mayo es un toque de atención que demuestra hallarnos en pie de guerra contra toda la reacción, sea monárquica o republicana. A la que parece servir muy bien al propósito a que venimos aludiendo.

La cuestión judía

Nuevamente, con la ocupación del Poder en Alemania por Hitler, vuelve a ponerse sobre el tapete la persecución a los judíos. No es problema nuevo el que corresponde a un solo país. Alemania antes de 1848 lo tenía ya planteado, convirtiéndolo a los judíos como una vergüenza y una plaga de la Edad Media.

No se crea por ello que en la Edad Media los judíos eran elementos inferiores. Antes al contrario, se les respetaba por su espíritu comercial, por su habilidad y sobre todo por su dinero.

Sin embargo, no obstante utilizarlos cuando convenía, se los perseguía. Era la raza oprimida en el régimen católico, como lo son los proletarios en el capitalismo.

No obstante, no les convenía eliminarlos en absoluto, ya que había la posibilidad de obtener un rev no disminuido de dinero, de ordena: la expulsión de los judíos e incautación de sus bienes, procedimiento muy en boga en aquella época.

El desarrollo del comercio y de la industria, que determinó el despertar del espíritu liberal y democrático, ha obligado a la sociedad capitalista y

burguesa a ceder paso a los judíos, reconociéndoles el derecho a la concurrencia y a la vida. La igualdad civil y política figuraba en el programa político de todas las potencias triunfadoras.

Bruno Bauer quería unir la cuestión judía con el problema político general. «Los judíos decía están privados de los derechos políticos; pero los alemanes lo están también.» Y decía a los primeros: «Vosotros no tenéis que combatir más que como alemanes por la emancipación general de Alemania, que, una vez emancipada, os emancipará igualmente en calidad de alemanes.» Pide que en su actividad política se despojen de su calidad de judíos.

Carlos Marx encuentra la solución injusta e incompleta. «El Estado —dice— debe ignorar la religión, todas las religiones, incluyendo naturalmente la judía. El Estado debe estar separado de la religión. No tiene nada que pedir a los juecos comunitales. La cuestión debe ser planteada en otro terreno: en el social.»

La emancipación política significa un progreso; pero no es la última forma de la emancipación humana

¿Hay libertad?

Días pasados, y con motivo de la celebración de las misiones que se verifican como proximidad a la Semana Santa en el pueblo de San Felices (Santander), en ocasión en que se celebraba un acto de estos actos, unos jóvenes jaraneros, e ignorantes de que tal ceremonia se celebraba, pasaban por la carretera cantando. En esto se les acerca una pareja de los del tricorno y les invitan a que no continúen cantando, a lo que los jóvenes les contestan que por qué y por orden de quién, manifestándoles uno de los guardias que para cantar tienen que pedir permiso al señor Alcalde, y al intentar que fueran al Ayuntamiento uno de los jóvenes para pedir dicho permiso (consta que eran las siete de la tarde) le dijeron que no estaba el alcalde, que estaba en su casa, así que había que ir precisamente a su domicilio a pedirle el citado permiso.

Los jóvenes, comprendiendo que a nadie podían molestar, lejos de hacerle caso siguieron cantando, llegando a los pocos momentos el señor alcalde (un barrigudo lerrouxista), amenazándoles con que si continuaban cantando los llevaría a la cárcel, a lo que los jóvenes, con la presencia de la pareja, más la amenaza del señor «dueño del pueblo», continuaron tranquilos su pasiego, mientras que el «barrigudo», acto seguido, fué adonde el cura a notificarle que había detenido un grupo de desvergonzados jóvenes, porque con sus cantos podían molestar a los que se congregaban dentro del sagrado templo.

¡Jóvenes de San Felices! Luchad por la libertad; de lo contrario ya sabéis para lo sucesivo lo que tenéis que hacer: pedir permiso a la autoridad para poder cantar en la calle a las siete de la tarde.